

combatido, pero nadie tenía el derecho de juzgarle.

En prueba de ello véase como en el año 1836 se había aplicado al príncipe este mismo principio, que es el que se acostumbra seguir con las familias destronadas; para éstas sólo debe haber política en lugar de justicia, porque en tales casos las fórmulas judiciales no podrían ser más que una odiosa comedia.

Recordando luego el orador con su acostumbrada habilidad las recientes manifestaciones que acababa de hacer el mismo Gobierno en favor del Imperio, aquellos grandes hechos de que tanto se hablaba, sobre todo en los últimos tiempos, la invocación solemne de aquel que había hecho brillar su espada victoriosa de uno á otro confín de Europa, el espíritu guerrero que enardecía cada vez más todos los corazones, los restos sagrados del Emperador reivindicados en nombre de la Francia y el monumento que se levantaba al héroe nacional en las orillas del Sena, preguntó si debía extrañarse que después de tantas demostraciones, se despertasen los sentimientos belicosos, por tanto tiempo reprimidos en el corazón del joven príncipe, sucesor de aquel gran nombre.

¿Por ventura un ministro del rey Luis Felipe no había dicho en voz alta: «Fué Napoleón un soberano legítimo del país?»

¿Qué tenía pues de particular que el representante de aquella legitimidad popular hubiese dicho para sí: iré á presidir el duelo, depositaré estas armas venerandas sobre la tumba del Emperador y luego dirigiéndome á la Francia, me reconoces, le diré, por su representante?

Notóse un estremecimiento general en todo el auditorio, y que coloraba el rubor algunos rostros cuando pronunció M. Berryer estas palabras:

«Señores, hay un árbitro supremo entre el juez y el acusado; ¿sabéis cuál es ese árbitro? la conciencia. Pues bien, quisiera que á la faz del país me dijeseis, si en caso de triunfar el príncipe os habríais negado á reconocerle y habríais procurado rechazar su derecho.

» ¡Sólo aquel de entre vosotros que con la mano puesta sobre el corazón pueda decir: habría repro-

bado su acto y negádome á reconocerle, puede ahora condenarle!...»

Sin embargo, la sentencia que había de recaer contra el príncipe, estaba ya dada de antemano.

Aquellos de entre los jueces que tanto habían incensado al tío, y que le habían jurado fidelidad eterna, procuraban con todo empeño evitar la oportunidad de semejantes recuerdos, y Luis Napoleón Bonaparte fué condenado á reclusión perpetua en una de las fortalezas situadas en el continente del reino.

Los demás prisioneros, cómplices en la tentativa del príncipe, fueron condenados á diferentes penas, que variaban entre la deportación y veinte á cinco años de prisión, quedando sujetos toda la vida á la vigilancia de la autoridad.

El príncipe fué conducido á la fortaleza de Ham, acompañándole el general Montholon, el doctor Conneau y el ayuda de cámara Thelin, que no quisieron abandonarle en su desgracia.

Una vez en la fortaleza, incomunicado por completo con el exterior, pasó algunos meses antes de que se templase aquel rigor, dirigiendo después en diferentes ocasiones cartas á amigos particulares, á algunos periódicos, protestas respecto al maltrato de que se le hacía víctima, y finalmente, al Gobierno y hasta al mismo Luis Felipe, suplicándoles, cuando su padre estaba moribundo, que le permitieran ir á recoger siquiera su último aliento.

Pero nada consiguió; el ex rey de Holanda falleció sin poder abrazar á su hijo, y al cabo de seis años de prisión, el día 25 de Mayo de 1846, juzgando el todo por el todo, consiguió evadirse de su cautiverio, yendo á refugiarse á Inglaterra. No hemos de tardar mucho en encontrarle, cambiando en absoluto los destinos de la Francia.

El Gobierno de Luis Felipe había presentado sin duda la influencia que en su destino había de ejercer el sobrino de Napoleón, y creyó librarse de ella, encerrándole en una fortaleza.

Pero no tuvo en cuenta que Luis Napoleón, en aquellos momentos al menos, simbolizaba para el pueblo francés la idea nueva, y que para ésta, no bastan cerrojos ni carceleros, ni muros de piedra; sino que se abre paso por doquiera para cumplir su destino.



CAPÍTULO XIV

FRANCIA. — DE 1841 Á 1852

Nuevo ministerio de M. Thiers.— Francia desea conservar las cenizas de Napoleón.—Ministerio del general Sout.—Ley presentada á las Cámaras sobre las fortificaciones de París.—Política de M. Guizot.—Muerte del duque de Orleans.—La reina Victoria en Francia.—Excelentes relaciones de Francia con España.—Causas de la revolución de 1848.—Jornadas del 22, 23 y 24 de Febrero.—Gobierno Provisional.—Proclamación de la República.—Talleres nacionales.—Asamblea nacional.—La insurrección socialista.—Jornadas de Junio.—Dictadura de Cavaignac.—Asesinato del general Brea.—Muere el arzobispo de París.—Constitución de la República.—Presidencia de Luis Napoleón Bonaparte.—Fin de la Asamblea constituyente.—Asamblea legislativa.—Golpe de estado del 2 de Diciembre de 1851.

NUEVO cambio ministerial verificóse en París en 1.º de Marzo de 1840, sustituyendo al Mariscal Sout, Thiers, que era uno de los jefes de la coalición parlamentaria á quien acompañaban en el ministerio Rémusard, Jaubert, Pelet, Cousin, Vivien, Couvieres, Guoin, y Roussin.

El jefe del poder, impúsose de una manera extraordinaria al monarca, cual si tuviera ya el presentimiento del cambio en su marcha política, marcadamente atrevida y liberal que iba á emprender, pero la cuestión de Oriente fué la causa del fracaso que experimentó, porque siguió defendiendo como el anterior ministerio los intereses del pachá de Egipto, cuestión que encontró muy embrollada, produciendo aquella persistencia una gravísima crisis que por cierto dejó bastante mal parado el honor francés.

Satisfaciendo los deseos de Francia, M. Guizot por aquel entonces, manifestó al Gobierno de Londres el vivo deseo que experimentaban los franceses de ver reposar en los Inválidos las cenizas de Napoleón, á lo cual lord Palmerston se

prestó inmediatamente y escribió al embajador inglés en París la siguiente comunicación, queriendo demostrar al Gabinete francés con aquella prontitud, las simpatías que abrigaba hacia Francia: «El Gobierno de Su Majestad británica espera que la prontitud de esta respuesta será considerada en Francia como una prueba del deseo de borrar todo vestigio de esas animosidades nacionales que, durante la vida del Emperador, armaron una contra otra la nación francesa y la nación inglesa. El Gobierno de Su Majestad tiene confianza en que, si existen semejantes resentimientos en alguna región, se sepultarán en el sepulcro donde van á ser depositados los restos de Napoleón.»

Esta respuesta está escrita en 9 de Mayo y el 15 de Julio se firmaba el tratado de Londres sin la Francia, y hasta cierto punto contra la Francia.

Entre tanto Thiers no perdía la esperanza de que el pachá de Egipto se reconciliaría directamente con el Sultán, viniendo á aumentársela la destitución del gran visir en Constantinopla, que era el mayor enemigo del pachá. En el colmo de su alegría se mostró dispuesto á devolver la ar-

mada turca y á entrar en negociaciones, lo cual parecía demostrar la inutilidad del concurso de las potencias europeas.

Pero entonces lord Palmerston acusó á la Francia de que fomentase este acuerdo directo, de que faltase á sus compromisos, de que intentase lograr un fin particular, y se entendió con los plenipotenciarios de los otros países, sin contar para nada con el Gobierno francés.

Guizot, que sospechó las intenciones del Gabinete inglés, escribió: «Aquí se preparan, ya sea tocante al fondo de la cuestión en el modo de obrar, proposiciones que se nos comunicarán cuando todo está arreglado, dado caso que se arregle, para obtener nuestra adhesión ó nuestra negativa.» Guizot se hacía ilusiones. El 17 de Julio, lord Palmerston le rogó que pasase al ministerio de Estado, y le dió comunicación de un tratado celebrado y firmado en 15 de Julio, sin saberlo Francia, entre las cortes de Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia. Las cuestiones de Oriente estaban resueltas.

Ese desdén, ó si se quiere olvido, respecto á Francia, ofendió sobre manera la vanidad francesa, que muchas veces ha creído deber intervenir en todas las cuestiones extranjeras para que salieran bien.

Aquel tratado, injurioso en el fondo para los franceses, que se habían metido al fin en aquella cuestión al ver el ejemplo dado por las demás potencias, éralo doblemente por el secreto con que se había llevado á cabo así su concierto como su firma, dando con ello lugar á que Francia, que se resintió mucho con esta humillación, acusase al Gobierno por su torpeza y debilidad.

Todos estos acontecimientos alentaron de nuevo á Luis Napoleon, que creyendo propicia la ocasión para otra tentativa, desembarcó en Bolonia en 5 de Agosto de 1840, según ya manifestamos, pero apenas lo hubo hecho fué aprehendido y presentado ante los tribunales, que le sentenciaron á ser encerrado en el castillo de Ham.

El Gobierno francés, viendo el desprestigio en que se hallaba lo mismo ante propios que extraños á causa del desaire que acababa de sufrir, creyó que para reconquistar el perdido prestigio era necesario hacer un alarde de fuerza, á cuyo fin llamó á tomar las armas las clases de soldados disponibles; metió mucho ruido en los arsenales y se resolvió á tratar de nuevo la cuestión suscitada ya en 1833, referente á las fortificaciones de París.

Dos sistemas fueron los que se discutieron, el de muros antiguos formando recinto y el de fuertes aislados, aprobándose una combinación de ambos

sistemas y apareciendo en el *Monitor* del 13 de Septiembre una ordenanza que abría un crédito para las primeras fortificaciones de París, que con el entusiasmo é impetuosidad de los franceses dieron comienzo el día 16.

No agradaron mucho á Alemania estos alardes de los franceses, porque profirió algunas embozadas amenazas y llamó á los ciudadanos á la defensa del libre Rhin alemán, contestando con los cantos de 1813 á los patrióticos de los franceses.

Presentada la dimisión por Thiers á causa de haberse opuesto el Rey á que en las Cámaras hablase nada referente á probabilidades de guerra, fué llamado Guizot de Londres y formado en 29 de Octubre nuevo gabinete presidido por el general Soult, aunque verdaderamente el alma de él era Guizot, ministro de Estado.

Claramente determinada encontró el nuevo ministerio la situación, según demuestran estas palabras de un discurso de Thiers pronunciado en 25 de Noviembre: «El discurso de la Corona ha dicho que se esperaba la paz. En efecto; ¿por qué razón el Gabinete del día 29 de Octubre ha reemplazado al de 1.º de Marzo? Porque el Gabinete de 1.º de Marzo no ha podido obtener las medidas que juzgaba necesarias y que podían traer una guerra, si no cierta, eventual. El Gabinete del 29 de Octubre, al contrario, quiere la paz cierta y la tendrá.»

Guizot se defendió de aquel ataque que se le dirigía acusándole de querer la paz á todo trance; mas no por ello pasaba por alto aprovechar la primera puerta que se abriese para entrar en los consejos de Europa.

Sin embargo, Guizot tuvo que acomodarse á sostener una paz armada y presentar á las Cámaras la ley anunciada sobre las fortificaciones de París, ley que se adoptó después de un notable discurso pronunciado por Thiers en Enero de 1841.

En medio de tales complicaciones diplomáticas, recibieron en Francia el 15 de Diciembre de 1840 las cenizas de Napoleón I, cenizas que salió á recibir una inmensa muchedumbre, á pesar del rigoroso frío que hacía, seducida tanto por el sentimiento patriótico que causaba el recibir los restos del Gran Capitán francés, cuanto por la pompa fúnebre desplegada por tal motivo, pareciendo ser este acontecimiento la línea divisoria del reinado de Luis Felipe.

La primera mitad, ó sea hasta el año 1840, la constituye el período de las agitaciones y de las crisis ministeriales en el interior y el de los peligros inminentes de una guerra general en el exterior. Pasada



LOS RESTOS DE NAPOLEON EN PARÍS, DE REGRESO DE SANTA ELENA

la crisis de 1840, desaparecieron tales peligros y las potencias creyeron en las disposiciones pacíficas de Luis Felipe. Desde aquel momento también cesaron en el interior las insurrecciones y motines, pues que la del 12 de Mayo de 1839 fué la última y no hubo tampoco más crisis ministeriales que la del 29 de Octubre que dió el triunfo al partido conservador y doctrinario, siendo el Gabinete que de ella salió, salvo ligeras modificaciones, el que subsistió hasta 1848.

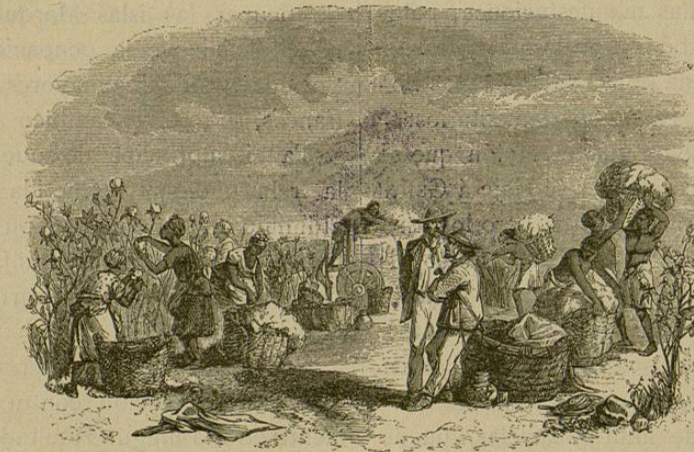
En este Ministerio, Guizot, ministro de Estado ó de Negocios extranjeros, fué el que desempeñó el principal papel, debido sin duda alguna á su talento oratorio, al vigor de sus doctrinas, su adhesión á la política conservadora, dándole suma autoridad entre los diputados, miembros del Consejo y del ministerio, su decisión y firmeza.

Sin embargo, sin sospecharlo siquiera, llevó á la monarquía de Julio á un abismo; tanta era la confianza que tenía en su política y la de sus colegas.

Empero el período de bienandanza que acababa de inaugurarse, bien pronto debía ver empañado su esplendor por un triste acontecimiento que llenó de luto á toda la nación.

El día 13 de Julio de 1842 el duque de Orleans, heredero del trono, se disponía á salir para Saint-Omer, donde había de revistar varios regimientos, aguardándole en Plombieres, después de dicha revista, la duquesa su esposa.

La marcha estaba señalada para las doce del día y todo estaba dispuesto para ella, cuando al príncipe, que vestía ya el uniforme, se le ocurrió el ir á despedirse una vez más de su familia que se hallaba en el castillo de Neully, y como no tenía más



Recolección del algodón

que una hora de tiempo, ordenó al postillón que guiaba una calesa tirada por dos caballos, que marchase á todo escape. No bien llegaban á la puerta de Maillot los caballos se calentaron hasta desbocarse furiosamente. «Ya no puedes dominar los caballos, ¿verdad? preguntó el príncipe, á lo que contestó el cochero: —No, monseñor.» Entonces se levanta el desgraciado príncipe, y sin saberse cómo, fué precipitado á tierra, quedando sin sentido á pocos pasos de la puerta citada.

El postillón consigue detener los caballos, y presuroso se dirige hacia el lugar donde había caído el príncipe, encontrándole tendido y sin conocimiento; le trasladaron á una casa cercana, mientras que con la celeridad del rayo se difunde por todos los ámbitos de la ciudad la fatal noticia.

Inmediatamente acudieron al lugar del suceso el

Rey, la reina, los príncipes y cortesanos; los médicos hicieron todo lo que podía hacerse para salvarle, pero á las dos se habían desvanecido todas las esperanzas, pues el moribundo ni siquiera reconocía á su madre; empezó á tener espasmos nerviosos y expiró á las cuatro y media, contando treinta y dos años de edad.

La pérdida del duque de Orleans fué muy sentida por todos y entonces fué cuando se conoció la mucha popularidad de que gozaba.

Dos hijos de corta edad era los que dejaba, y las Cámaras, convocadas extraordinariamente, adoptaron un proyecto de ley que fijaba la mayor edad del conde de París á los diez y ocho años cumplidos, y concedía la regencia al príncipe más cercano á la corona, esto es, al duque de Nemours, príncipe poco popular, y aunque se habría